



Jugar a las canicas

Por Israel Nicasio Álvarez

“**Pon estos frascos** en el bote de basura. Ahora ayúdame a moverlo. Cuida no lastimarlo y, mientras le damos vuelta, revisa si no tiene alguna marca en la espalda. Hazlo con cuidado, por favor”. Dice mi madre mientras movemos el costal de huesos que ocupa mi cama. Ayudo, pero con poco interés, más bien sin muestra de intentar hacer algo correctamente. “¡Mierda! Te estoy pidiendo ayuda; si sólo piensas estorbar, vete. Te advertí tener cuidado. ¿No puedes ser más considerado? Puedes hacerle daño. ¡Pon atención!”. Vuelve a decir, ahora con un tono de desesperación y molestia, mientras lo suelta y mira por la ventana buscando algo. Pienso que si él no estuviera ahora recostado en este lugar, yo bien podría mirar televisión o escuchar música, incluso leer toda la tarde sin tener que preocuparme por alguien más. Pero no es así, todo se ha vuelto tan invasivo que hasta mi lugar parece extraño. Frío. Espero que esto pase pronto, tan pronto como para tener unas largas vacaciones, tan pronto como para poder pedir un deseo distinto el día de mi cumpleaños, uno que no implique pensar en él.

Hemos escuchado distintas explicaciones sobre el estado de salud de mi abuelo. Desde brujos hasta psiquiatras, y todo tipo de médicos dedicados a la curación por métodos alternativos, han venido a casa desde hace más de tres meses. Nadie nos puede decir qué padece. Sólo sabemos algo dicho entre dientes: el abuelo morirá en cualquier momento. Esa idea se me hace un tanto ambigua; morir en cualquier momento es como no morir. No sabemos si lo hará al minuto siguiente o en dos años; lo anuncian como si fuese un cambio de época: morirá. Lo hacen como si fuera la peor noticia del mundo, con todo y el tiempo en silencio considerado necesario para asimilar una noticia de ese tipo. A veces los médicos piden a mis padres que me retire de la habitación para decirles lo ya sabido por todos. Eso me resulta absurdo pues, si estamos conscientes de la muerte futura, cercana, es claro que la esperamos, incluido yo.

Hoy el abuelo intentó decirme algo, pero no entendí. Sólo fijó sus ojos sobre mí e hizo ruidos con la boca; sonaba como si tuviera puesta

una mordaza. Trataba de moverse sin lograr alguna reacción; su cara anunciaba todo lo que él bien podía haber hecho si no fuese por su condición actual. Lo hizo tantas veces que me fue imposible seguir jugando con él. No me dejó terminar y cuando decidí salir de la recámara, me veía fijamente, como quien cuida a un animal peligroso. Siguió mis pasos con la mirada llena de terror y cuidado a la vez. Lo hizo así por unos segundos hasta no poder verme más. Cerré la puerta y no regresé en toda la tarde. Lo estreso mucho, eso dicen mis padres. Por las noches me voy a dormir pensando en todo lo que se necesita para hacerlo reaccionar; imagino un sinfín de cosas para hacerle dar un paso más, pero nada resulta al momento de ponerlo en práctica.

Estoy convencido de que a él le pasa lo que a todos cuando envejecen y se dan cuenta de su vida en un sólo momento; se aterran. La culpa, la crisis, el miedo y el malestar físico se multiplican al hacerlos conscientes. Sin embargo, toda la familia lucha por saber las causas de su malestar. Con cierto descaro, algunos familiares nos dicen que valdría más la pena cuidar de él y atenderle para hacerle disfrutar de sus logros: la poca fortuna que sirvió para mantener a dos familias; las risas y los rencores sembrados. Durante un largo

tiempo parecía imposible lograr un abrazo, pero desde mi séptimo aniversario todo cambió. Cada año me regalaba una bolsa con canicas de muchos colores. Me miraba y me decía de frente que mis canicas eran las suyas. El mensaje era profundo, certero. “Desde ahora tus canicas van a ser para mí, y las mías serán tuyas. No lo olvides”.

Hace algunos días mi hermano y yo encontramos un animal. Estaba cerca de una de las esquinas del jardín sin moverse. Al principio pensábamos que era un pedazo de tela, una bola

de peluche, hasta que decidimos inspeccionarlo: respiraba. La casa de mis padres es pequeña, pero el jardín es enorme. Nunca han querido sembrar árboles pues los asumen como un gasto no necesario. En mi opinión, ellos darían una mejor vista. Harían la casa menos gris y más colorida. El pretexto siempre es el mismo: absorben mucha agua. Mi hermano y yo también consumimos grandes cantidades de agua y nuestros padres nunca han considerado dejarnos morir. Debo confesar que cuando mi hermano y

yo éramos más pequeños, él resultaba totalmente insoportable. Odiaba escucharle gritar por todo. Nunca pensé en matarle, pero sí en alejarle un poco para tener momentos de calma. Ese sentimiento e ideas se fueron disipando con el paso de los años. Me pregunto si mis padres han considerado hacer lo mismo ahora con la persona que usa mi cama; no toma tanta agua, pero quita espacio, tiempo y dinero.

En la casa vivimos todos juntos y mi madre debe cuidar del abuelo por alguna razón desconocida para mí. Sus





hermanos no preguntaron; desde el día que quedó en cama, sin poder moverse y sin querer hablar, se organizaron y decidieron. Esa decisión la hicieron saber horas más tarde. Según mi madre, todos los tíos deberían hacerse cargo alguna vez, pero ellos insisten en hacernos entender sus vidas caóticas y estresantes. Como si la vida misma no fuera el caos absoluto. Pero cada uno ha encontrado la forma de ignorar al abuelo. No entiendo cómo les es posible ser tan distantes tratándose de su padre, así ha sido siempre; pueden pasar años sin verle. Mi abuelo nunca se sintió orgulloso de las mujeres de su familia. Tal vez esperaba ser cuidado por alguno de sus hijos, pero nadie lo quiso atender, por eso está aquí.

Mis padres nos han prohibido tener nuestro conejo cerca del abuelo; dicen que puede contagiarle alguna enfermedad o alterarle. Cada noche me pregunto quién es más peligroso para el abuelo: ¿la bola de pelos recién encontrada o yo? Sumado a eso, también me cuestiono si en realidad todo lo dicho por mis padres resultará cierto, ¿puede ser tan grave enfermarse más al estar muriendo? “Oye, ¿te gustaría ir al cielo o al infierno? En la escuela siempre nos han hecho pensar que el cielo es un lugar muy bonito. Pero mis amigos y yo pensamos lo contrario, pues la gente mala es la que hace fiestas y se ríe por todo. El infierno debe ser más divertido”. ¿Tú qué prefieres?, le digo cuando me acerco a supervisarlo, como lo ha pedido mi

madre. Lo miro por algunos minutos. Rodeo la cama. Reviso los muebles y si hay algo nuevo, como algún regalo en la mesa de la esquina, lo abro. Siempre me digo lo mismo: él no lo puede usar.

El conejo también se está muriendo, lo sé porque no camina. En la escuela nos enseñaron que los animales van y vienen, aun si están en jaulas o si les han encadenado; los animales se mueven. Mi conejo no lo hace. Esta situación me lleva a pensar en lo miserable de las dos vidas: la del abuelo y la del conejo. No poder moverse es horrible. Sumado a eso, no desear comer me parece una de las situaciones más terribles del mundo. Como el abuelo decidió no ingerir los alimentos que le preparan por indicaciones de los doctores, yo los consumo. Amo las gelatinas que le intenta dar mi madre. Cuando ella acerca la cuchara, el abuelo voltea la cara; es lo único que todavía puede mover. No la mira. Supongo que se siente bien al hacer eso. Se fue quedando tieso poco a poco. Primero dejó de mover un brazo, después una piedad, luego la otra. Al final ya no podía caminar y el último brazo perdió movilidad el día que trajeron a los primeros doctores.

En cada cumpleaños mi madre prepara pastel. Recuerdo la celebración del año pasado; pedí la decoración de la fiesta con imágenes de animales. Cada niño tenía puesto un antifaz y un gorro. Cada antifaz era diferente, pues mis padres se dieron a la tarea de dibujar sobre los cartoncillos todas las especies conocidas. Jamás supe lo que sucedió durante un rato; tenía mucho por platicar con algunas personas y otras me pidieron resolver algunos asuntos de hombres. Así lo dijeron: cosas de hombres. Sólo aquellos designados con tal gracia podíamos reunirnos y compartir lo que se nos iba a decir. Durante muchas ocasiones así fue, por lo que mis primos y yo decidíamos no invitar a ninguna niña a esas reuniones. Ellas se quedaban jugando en el jardín o comiendo, mientras nosotros éramos instruidos en esos asuntos; todo debía permanecer en secreto para alimentar nuestra hombría. Cuando partí el pastel, los invitados cantaron; me sentía importante. Toda la noche estuve pensando en el mismo deseo pedido desde hace más de cuatro años. Me dormí tranquilo, esperando se hiciera realidad mi deseo. Cada aniversario pedía lo mismo, hasta que el abuelo tuvo que vivir en nuestra casa; en ese momento dejó de ser importante. Este año pediré algo distinto. “Los hombres no se pueden querer unos a otros, pero siempre tendré un favorito entre ustedes”, dijo mi abuelo en esa ocasión. Todos intentamos, por algunos años, ser el favorito, pues representaba un logro emocional deseado por los hombres de mi familia. Crecimos deseando un

abrazo o alguna respuesta afirmativa sobre nuestro esfuerzo por agradar al abuelo.

Mi padre nos ha advertido de los cuidados requeridos por los conejos. Nos hizo pensar en lo asqueroso de limpiar sus cacas y también el aumento de gastos. Viviendo como hasta ahora, pienso que tal vez no es un gasto enorme, comparado con todos los que hacemos ya: compramos shorts para mi hermano menor y pañales para el abuelo. Compramos comida y medicamentos para el abuelo, pero también nosotros comemos. Cuando mi padre me habló sobre limpiar los excrementos del animal que podrían estar rega-

dos por toda la casa, recordé la vez que limpiaron el pasillo porque mi abuelo se levantó de la cama y, en su esfuerzo por llegar al baño, terminó en el piso. Se había ensuciado con su propia caca. Mi madre me pidió ayuda, pero no reaccioné; no creía que un mayor se pudiera ensuciar de tal manera. Sólo observé el macabro espectáculo. Ese día nos dijeron los médicos que mi abuelo ya no podría caminar. Desde entonces pienso que limpiar las cacas de un conejo no debe ser tan difícil. El abuelo no se volvió a mover de la cama; busca encogerse, eso parece. Se ha hecho más pequeño cada vez; ha empezado a encerrarse en su propio cuerpo.

A veces llego de la escuela y miro la cama de Arnulfo, así se llama el conejo; está hecha de cartón y tiene una cobija en el interior. El nombre lo escogimos entre mis primos y yo. Mi madre no nos quiso ayudar; le duele mucho encariñarse con los animales y presenciar su partida, creo que no lo quiere. Fue la única ocasión en que todos los primos hicimos algo sin competir; el abuelo nos ha enseñado a pelear por su cariño. Competimos por ser el nieto más querido del abuelo. Este año deseo que el conejo se quede conmigo.

En poco tiempo ya no tendré que jugar a las canicas. Odio que mi abuelo las toque. Me lleno de vergüenza. Detesto sentir sus manos frías. Las uñas largas, como las que, sin raspar, incomodan; la mirada seca, perdida. Y las mismas frases de siempre: “Abre más las piernas. Baja el cierre. No le dirás a nadie, ¿verdad? Porque me quieres, ¿no es así? Cierra los ojos”. Aunque, si soy muy honesto, todavía tengo una preocupación: ¿quién era, en realidad, el preferido del abuelo? Porque a todos nos ha regalado lo mismo por años: una bolsa de canicas. 



Israel Nicasio Álvarez es licenciado en Filosofía por la Universidad La Salle. Es candidato a maestro en Historia por la UNAM y profesor en la Licenciatura en Enseñanza de Lenguas, en el área de Lengua y cultura, de la Universidad Autónoma de Tlaxcala, Campus Calpulalpan. Además imparte inglés y francés. Ha publicado diversos artículos de investigación en las áreas de filosofía, historia y literatura.